



Miles de trabajadores desfilan junto al arco de Constantino y el Coliseo, en protesta contra la carestía de la vida en Italia.

tos también habían querido imponer sus propias condiciones políticas.

El Presidente del Consejo, Mariano Rumor, ha entregado, por consiguiente la dimisión del gobierno al presidente de la República, y éste ha comenzado el lunes las consultas para formar uno nuevo. Consultas difíciles: la crisis ministerial cae en plena crisis económica y en medio de una sucesión de dramas políticos. La mayor parte de los pronósticos coinciden en que Rumor volverá

a ser encargado de formar gobierno y que, aunque la coalición puede gobernar sin los republicanos, pactará finalmente con éstos de forma que La Malfa obtenga algo de lo que se proponía. El problema Italia, sin embargo, quedará sin resolver. No lo estará sin duda hasta que haya unas nuevas elecciones generales y se resuelva la contradicción de un gobierno donde derecha e izquierda pretenden actuar con un mismo programa, dejando descontentas a las derechas y a las izquierdas del país.

FRANCIA

La palidez de Messmer

Entre los varios misterios que la política francesa arroja todos los días a sus observadores en el mundo, ninguno tan sorprendente como el del supuesto cambio de gobierno por el cual el primer ministro, Messmer, se ha sucedido a sí mismo y ha nombrado sus principales colaboradores para que a su vez se sucedan a sí mismos en sus propios ministerios. Algunos se han quedado en la cuneta, pero más bien por una reducción de puestos ministeriales, por contracción de dos antiguos ministerios —o más— en uno solo. Alguno de estos ministerios se convierten en enciclopédicos, como el llamado de Ordenación (aménagement) del territorio, equipamiento, vivienda, turismo y transportes. Se ha quedado fuera también el ministro de Asuntos Culturales, Maurice Druon, novelista popular con su serie «Los Reyes malditos», que concitó la indignación de los intelectuales del país cuando pretendió sepa-

rar los buenos de los malos en la protección gubernamental a las artes y las culturas.

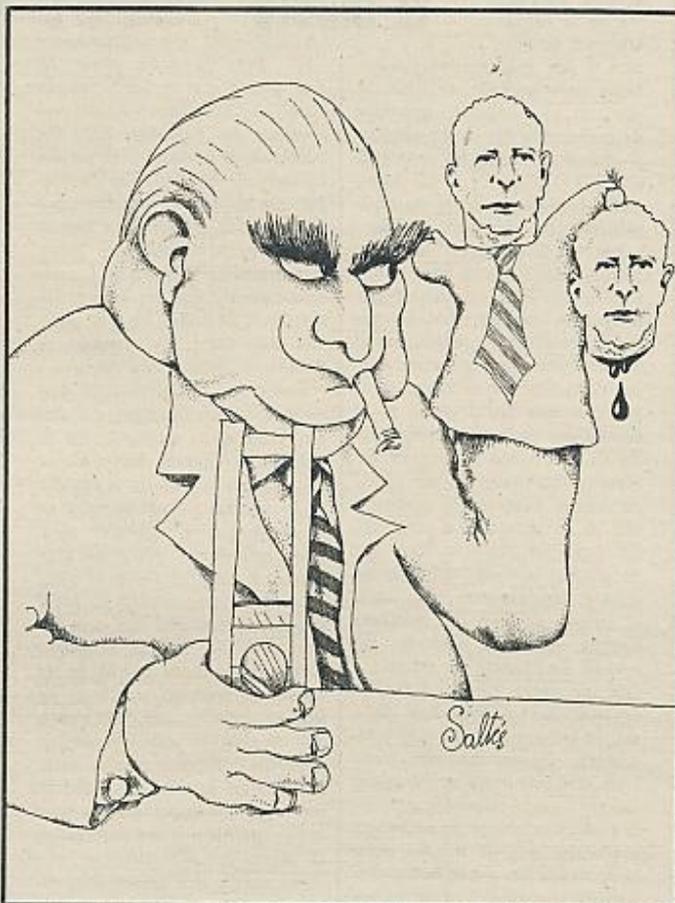
Este gobierno estaba gastado. Lo habían quemado las continuas agitaciones sociales y el acceso lento de la izquierda, la inflación que no pudo contener, la dificultad de las relaciones con Europa, una tendencia a la intromisión en la vida privada de los ciudadanos —con el asunto de los micrófonos de escucha— y un exceso en la represión política. Marcellin, ministro del Interior, al que muy claramente se acusaba de todos los «watergates» franceses, ha caído; le sustituye Chirac, que, por cierto, conoce bien los problemas de las fichas y las averiguaciones de la vida privada: durante algún tiempo fue discriminado como comunista porque en su época de estudiante de bachillerato había firmado un manifiesto contra la bomba atómica.

La salida de Marcellin, con su larga fama de represor, y de

Druon, con la nueva de orientador de la cultura y de la censura, podrían ser tomadas como un síntoma de liberalización y de apertura en un gobierno acusado de excesos en el conservadurismo. Pero en ningún caso se ha producido el gran cambio que se esperaba desde hacía tiempo; el que adelantaba los nombres de Jobert, eficaz ministro de Asuntos Exteriores que se bandea con energía en la crisis del petróleo y frente a las nuevas presiones de Estados Unidos, o el de Giscard d'Estaing, como «mago de las finanzas» del régimen; éstos quedan en sus puestos ministeriales, pero

Estados Unidos, no se comprende bien cómo la presidencia de la República pretende hacer ver que la política cambia con esta simple reagrupación administrativa, y cómo va a gobernar con ímpetu nuevos un gobierno que estaba cansado y vencido.

La frase del «pálido Messmer» es, sin embargo, bastante explícita. Francia es un país presidencialista desde De Gaulle, y Pompidou, sin la fuerza personal del general pero con más resortes políticos y menos prejuicios para el uso del poder, pretende seguir teniendo un primer ministro «pálido». La supuesta enfermedad de



esta vez se han quedado sin el puesto de primer ministro y sin la gran reforma que, dentro del régimen posgolista, se estaba esperando.

En «Le Monde» se escribe que se trata de una «pequeña comedia para engañar»; Servan-Schreiber dice que «hubiera sido mejor no hacer nada»; Estier, del partido socialista, dice que no ve la razón por la cual «el pálido Messmer de ayer ha de ser menos pálido mañana». En la amplia oposición del país, en los compañeros de Francia en el Mercado Común —que ven con tanta inquietud la situación francesa—, en los

Pompidou no debe ser tan fuerte como para hacerle dejar en manos de otros algunas palancas del país. Y el cansancio del país por su gobierno no ha producido la suficiente fuerza de reacción como para obligarle a cambiar. Si en Etiopía ha sido preciso que militares, estudiantes y obreros llegasen a las puertas de palacio, en Francia no se llega a esa situación. Y las palabras no son suficientes. Muchos pronostican, sin embargo, que este nuevo/viejo gobierno no podrá mantenerse mucho tiempo al frente del país, y que para salvarse a sí mismo el gobierno tendrá que producir cambios reales y no ficciones.